

En el segundo centenario de los Estados Unidos.

La agonía de Nueva York.

La ciudad, cuando no es simple amontonamiento, es un ser vivo y como a tal hay que verlo y sentirlo. Convertir la ciudad en pura estadística o en juguete de desaprensivos aunque brillantes urbanistas es cosa cruel y no se diga cuando el juicio que puede ser un Requiem proviene de políticos, por alta que sea su condición. Debe ser asunto de muy entreverada complejidad la agonía porque ahora pasa, la todavía ayer mutilante Nueva York, pero por complejo que sea el problema que la agobia otra ha de ser el tratamiento para salvarla, para rescatarla que no el olímpico desdén con que la sentencia a morir el Presidente Ford. Ya estamos acostumbrados a la idea del crimen. Así y todo, ¿cómo habrá de llamarse al que mata a una ciudad, que a eso equivaldría a la postre no querer salvarla? Genocida es la primera palabra que se le viene a uno en mente, o polisida, pensando en la polis griega que lleva implícita la idea de muchos, es verdad, pero que atañe más a la idea de ciudad, lugar de muchos u hogar de muchos. Nueva York enferma es concebible, pero muerta se antoja un cataclismo. Puede que a Ford le falten molleras para advertir que un cataclismo cuando es norteamericano nos va a alcanzar a todos, y no se diga a los norteamericanos.

Nueva York es, por propio derecho, una capital del mundo, no se diga de los Estados Unidos. Que Washington sea la capital, obedece a las mismas razones que, en su momento, tuvieron España, Canadá y Australia para hacer lo mismo con Madrid, Ottawa y Canberra.

A juicio del recién desaparecido Toynbee se vieron en la necesidad de trazar una nueva ciudad para proporcionar una capital a un estado

surgido a la existencia por unificación voluntaria, porque, en cada uno de los casos, la alternativa hubiera sido hacer de la capital de uno de los estados locales constituyentes la capital de la unificación, y no habría una gran capital local Italia -Roma-, a la que todas las otras, se subordinaron voluntariamente.

La creación de una nueva ciudad para servir de capital al nuevo estado que ha surgido a la vida por un acto voluntario de unión puede ser la única manera posible de evitar los inconvenientes producidos por los celos locales. Las ventajas de que carecería una ciudad nueva artificialmente creada, en el primer capítulo crítico de su historia, se refieren a las satisfacciones sociales y culturales que son un regalo del tiempo. Volviendo a Nueva York: no es cosa de todos los días, ser testigo del desahucio de una ciudad. Constituye un acontecimiento doloroso el poder asistir, como estamos asistiendo, al desahucio de una ciudad cualquiera sino de la más grande y opulente sede del capitalismo norteamericano pues Nueva York es el asiento de los bancos, de las grandes compañías que han hecho la leyenda de los Estados Unidos y de Wall Street, símbolo ella sola de lo que significa el dinero.

Y que esta ciudad no tenga con qué pagar sus compromisos obliga a pensar que algo muy grave está ocurriendo desde dentro del sistema; el presidente Ford, con esa chatura en él característica se ha pronunciado porque Nueva York se rasque con sus propias uñas y acusa que todo lo que ha venido ocurriendo se debe a una pésima administración municipal. El abandono a que parece condenada por parte del gobierno federal, ha llevado a los dirigentes de la ciudad a preguntarse si cosa parecida harían llegado el caso los franceses con París, los ingleses con Londres y los rusos con Moscú.

Las grandes ciudades, y Nueva York más que ninguna, se han erigido en inmensos aparadores, desde los cuales, los países irradian poderío y prestigio; así que el desplome de la ciudad por insolvencia, de producirse, habrá de afectar de manera imprevisible no sólo el orgullo del pueblo norteamericano, sino que cimbrará en sus cimientos mismos, toda la estructura de la sociedad que está a punto de celebrar sus doscientos años de existencia.